

María Victoria Uribe Alarcón

Colectión Debates



Hilando fino

Voces femeninas en La Violencia





Universidad del
Rosario

Hilando fino

Voces femeninas en La Violencia



Uribe Alarcón, María Victoria

Hilando fino. Voces femeninas en La Violencia / María Victoria Uribe Alarcón. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2015.

xiv, 272 páginas. — (Colección Debates, Facultad de Jurisprudencia)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN: 978-958-738-633-2 (impreso)

ISBN: 978-958-738-634-9 (digital)

Violencia / Violencia – Historia – Colombia / Violencia contra la mujer - Historia – Colombia / Bogotá (Colombia) – 1930 / Tolima (Colombia) / I. Título / II. Serie

303.609861

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

agh

Julio 7 de 2015

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Hilando fino

Voces femeninas en La Violencia

María Victoria Uribe Alarcón



Universidad del
Rosario

Colección Debates

- © Editorial Universidad del Rosario
- © Universidad del Rosario, Facultad de
Jurisprudencia
- © María Victoria Uribe Alarcón

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501
Teléfono 297 02 00
editorial.urosario.edu.co

Fecha de evaluación: 23 de marzo de 2015

Fecha de aprobación: 17 de abril de 2015

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Primera edición: Bogotá D.C., septiembre de 2015

ISBN: 978-958-738-633-2 (impreso)

ISBN: 978-958-738-634-9 (digital)

Coordinación editorial: Editorial Universidad del
Rosario

Corrección de estilo: Ella Suárez

Diseño de cubierta: Miguel Ramírez, kilka DG

Imágenes de portadilla y bibliografía: archivo

Instituto Caro y Cuervo y archivo particular

Diagramación: Precolombi EU-David Reyes

Impresión: Xpress. Estudio Gráfico y Digital S.A.

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Contenido

AGRADECIMIENTOS	xi
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I	
EL SILENCIO DEL ÁNGEL	11
CAPÍTULO II	
UNA HERIDA REPOSA BAJO LA TIERRA	23
Bogotá en la década de 1930, una ciudad escindida	24
La vida de las mujeres bogotanas de clase alta	26
De la finca a la ciudad. Educación y vida social	31
Los años anteriores al asesinato de Gaitán	42
Mataron a Gaitán	46
En las fincas se asomó La Violencia	49
CAPÍTULO III	
LA VIOLENCIA, UNA ENFERMEDAD QUE AQUEJA A LA NACIÓN	55
El Tolima, escenario de movimientos defensivos y ofensivos	62

Inés, una mujer del Líbano, habla de los sonidos de La Violencia	64
Ligas agrarias, resistencia campesina y guerrillas en el sur del Tolima	75
La división entre “limpios” y “comunes” en El Davis	81
Villarrica, pueblo gaitanista en el oriente del Tolima	87
CAPÍTULO IV	
TRAUMA Y PELIGRO EN EL RELATO DE LAS MUJERES	91
Narrar al Otro	99
Las mujeres de La Violencia	102
Niñas campesinas, niñas invisibles	106
Leonor y Teresita	110
CAPÍTULO V	
LEONOR EN EL MUNDO DE LOS “LIMPIOS”	113
Una infancia solitaria en medio de una familia extensa	113
Mataron a Gaitán, un tío más entre tantos tíos	132
El Davis: una polémica fundacional	136
La familia se disgrega y se va para Dolores, Tolima	142
Hugo, un hijo de La Violencia	148
Caquetá, la tierra prometida para los desplazados por La Violencia	170
El regreso a Gaitania. Leonor y Betty se casan de nuevo	179
Leonor retorna al campo, a sus orígenes	182
CAPÍTULO VI	
TERESITA EN EL MUNDO DE LOS “COMUNES”	199
Primera infancia y muerte del padre	199
Éramos arrendatarios, vivíamos en el campo	203

Una familia pobre colonizadora de baldíos	207
La ilusión de ir a Villarrica	211
Gerardo, el amado hermano de Teresita	213
De nuevo en Villarrica cuando matan a Gaitán	219
Teresita y Eusebio se casan	221
La Violencia desgarró a la familia con la muerte de Gerardo	226
La Escuela de Cuadros de Viotá	235
Los campesinos comunistas se juntan en Galilea y marchan hacia El Duda	240
La familia se desplaza al Meta y se integra a la Unión Patriótica	245
CONSIDERACIONES FINALES	255
BIBLIOGRAFÍA	261

Agradecimientos

Este libro está en deuda con varias personas que me ayudaron con sus críticas y comentarios y con su apoyo a lo largo del trabajo de campo.

Ante todo, quiero mencionar a dos mujeres que contribuyeron a que este libro fuera tomando cuerpo: a la filósofa María del Rosario Acosta, quien fue profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes y ahora es profesora asociada en la Facultad de Filosofía de la Universidad De Paul, en Chicago. A ella le agradezco su amistad generosa y su permanente disposición a escucharme y orientarme, desde su vasto conocimiento, acerca de los temas teóricos que aparecen en los capítulos I y IV. También quiero agradecer la generosidad y las orientaciones de la socióloga e historiadora Rocío Londoño, amiga muy querida y conocedora en profundidad de ese periodo infausto de la historia reciente colombiana, que denominamos con el eufemismo de *La Violencia*.

A LEONOR, OLGA, TERESITA, LOLA, INÉS y MARÍA TERESA, de cuyos apellidos no quise hablar por respeto a su intimidad. Sus voces femeninas son centrales en este libro, al igual que las de las mujeres que no pudieron hablar, porque no quisieron revivir

sus dolorosos recuerdos sobre La Violencia. Las narraciones y las historias de vida de todas ellas revelan el lado desconocido de un universo descarnado y cruel.

A EUNICE, MARTHA, CARLOS ORLANDO y ROCÍO, cuyas voces alternas ayudaron a enriquecer los testimonios de las mujeres mencionadas anteriormente. Sin sus comentarios y aportes, este libro no estaría completo.

A los profesores Laura Porras, Jorge Andrés Hernández, Julio Gaitán, María Helena Restrepo y demás integrantes del Seminario Permanente del Doctorado en Derecho de la Universidad del Rosario, por sus críticas a las versiones preliminares de algunos capítulos del libro.

A los profesores Camila de Gamboa, Ángela Santamaría y Eric Lair, de la Universidad del Rosario, les agradezco su apoyo permanente a mis preocupaciones académicas.

Finalmente, agradezco a la artista y amiga Doris Salcedo su generosidad al facilitarme tan excelente fotografía de su obra *Shibboleth*, instalación en tiempo real hecha en la Tate Modern en Londres, en el 2007.

El pasado nunca desaparece, ni siquiera es el pasado.

WILLIAM FAULKNER, *Réquiem para una monja*

Pasado, pequeña fracción de la eternidad de la que tenemos un breve y lamentable conocimiento. Una línea móvil llamada Presente lo separa de un periodo imaginario llamado Futuro. Estas dos grandes porciones de la Eternidad, una de las cuales borra continuamente a la otra, son eternamente distintas. Una está oscurecida por la pena y el desengaño, la otra iluminada por la prosperidad y la alegría. El Pasado es la región de los sollozos, el futuro, el reino del canto. En uno se acurruca la Memoria, vestida con un sayal, la cabeza cubierta de ceniza [...] en la luz solar del otro vuela la Esperanza.

AMBROSE BIERCE, *Diccionario del Diablo*

Introducción

Este libro tiene varios protagonistas. El primero de ellos es La Violencia, un acontecimiento político que sacudió a Colombia y la envolvió en una realidad espectral durante al menos tres décadas, que la llenó de cadáveres y desaparecidos y que produjo una crisis humanitaria de la cual ya nadie habla. Hablar de crisis humanitaria para referirme a La Violencia implica deslindarme de las caracterizaciones políticas y sociológicas que se han hecho y han prevalecido sobre esta en el mundo académico. En ese sentido, este texto no pretende explicar eventos históricos, suficientemente contados en el país, sino señalarlos, con el fin de ubicar el sentido de unas narraciones que constituyen el núcleo de este libro.

Un segundo lugar protagónico le corresponde al político liberal Jorge Eliécer Gaitán, pues a raíz de su asesinato en 1948 La Violencia se regó como pólvora por todo el país. El asesinato de Gaitán fue un hecho paradigmático que tuvo efectos tanto entre las élites ciudadanas, conocedoras de oídas y espectadoras de La Violencia, como entre los sectores populares, protagonistas en campos y veredas. En este texto pretendo dejar ver el contraste

existente entre las mencionadas clases sociales, sin proponerme un estudio en profundidad de la estructura de clases.

Sin embargo, las verdaderas protagonistas de este libro son varias mujeres que nacieron antes de La Violencia, la vivieron en carne propia y, después de muchos años, decidieron contar sus historias. Sus testimonios fueron grabados en audio, luego fueron transcritos con el fin de convertirlos en textos y, finalmente, fueron editados y trabajados de manera conjunta con algunos familiares cercanos a ellas.

En este libro, el lector no encontrará un relato histórico que dé cuenta de los hechos de La Violencia en Colombia, tema ampliamente estudiado a lo largo de las últimas décadas. No me referiré ni a las causas que la originaron, ni a los acontecimientos que la caracterizaron; tampoco me interesa entrar a discutir las tesis prevalentes sobre La Violencia, ni las dinámicas regionales que la caracterizaron. En ese sentido, este texto puede resultar incómodo para algunos historiadores que invalidan la historia oral como fuente válida de conocimiento, enfoque que no comparto. El lector tampoco encontrará aquí una historia de los movimientos insurgentes que se originaron durante La Violencia, de sus ideales y batallas, historias que ya han sido contadas de mil formas y desde diversos ángulos.

Apelando a la metáfora del ángel de la historia que fuera esbozada por Walter Benjamin, me propongo analizar de qué manera esa oleada incontenible de asesinatos y atrocidades, ocurridos en Colombia durante las décadas de los cuarenta, de los cincuenta y de los sesenta del siglo xx afectó la vida y la sensibilidad de algunas mujeres de la clase alta y de campesinas que para entonces eran unas niñas. De esta manera, pretendo entender cómo los hechos y los comportamientos violentos de la época configuraron subjetividades femeninas y cómo esas

subjetividades fueron, a su vez, transformadas por las acciones de otras personas.¹

A lo largo de la investigación de campo que realicé para darle sustento empírico a este libro, tuve la suerte de escuchar las narraciones de varias mujeres que quisieron hablar de sus vidas. Sin pretender explicar un universo tan variado como puede ser el femenino, considero que sus relatos nos permiten reconstruir y entender, a partir de una perspectiva femenina, lo que fue el universo fundamentalmente masculino de La Violencia. Los relatos están centrados en un escenario geográfico que abarca el sur del Tolima y el oriente de Cundinamarca, un universo convulsionado en el que tuvieron notable protagonismo guerrilleros liberales, llamados *limpios*, y guerrilleros comunistas, denominados *comunes*. Ese universo rural aparece delineado en los relatos tanto de Teresita como de Leonor, que configuran una historia de los inicios de La Violencia contada por mujeres que la vivieron y la padecieron.

Adriana Cavarero denomina *paradoja de Ulises* al hecho que tiene lugar cuando alguien conoce su propia historia a través del relato de un tercero. Ulises, al oír su propia historia contada por otro, prorrumpe en llanto, no solo porque considera doloroso lo que está oyendo, sino porque cuando vivió lo que el otro está narrando no había entendido aún qué significaba.² La vida nos arrastra, al igual que el viento del progreso empuja al ángel de la historia, y a veces queremos detenernos para entender por

¹ Se trata de un enfoque muy interesante planteado por el historiador Francisco Ortega y por la antropóloga Veena Das, quienes exploran el fenómeno de La Violencia desde la perspectiva del lenguaje y las prácticas de los sufrientes, privilegiando los modos en que estas personas padecen la violencia, la negocian y obtienen, a cambio, reductos de dignidad. Véanse Ortega, “Rehabilitar la cotidianidad”, 21; Das, *The Act of Witnessing*”.

² Véase Cavarero, *Relating Narratives*, 18.

qué nos pasa lo que nos pasa; pero casi nunca lo logramos, y es únicamente cuando alguien narra nuestra historia que finalmente creemos entender o podemos entender. Adriana Cavarero analiza detalladamente lo que implica que alguien narre nuestra historia, lo que, a mi manera de ver, plantea necesariamente el tema de la escucha y del carácter dialógico que implica narrar y escuchar. En este libro soy quien escucha a quienes narran su historia, pero también soy quien narra, porque después de escuchar las historias de las mujeres, les he dado una forma y las he puesto por escrito con mi propia voz. Sin embargo, son sus voces las que hablan, pues las entrevistas transcritas fueron revisadas y complementadas por parientes cercanos. Creo que es, en ese momento, cuando las historias adquieren un sentido, tanto para quienes las vivieron y las relataron como para quien las ha puesto por escrito.

Este libro consta de seis capítulos. El primero está dedicado a la figura del ángel de la historia, esbozada por Benjamin en su novena tesis sobre la filosofía de la historia. Una figura silenciosa y trágica que me permite referirme al silencio que circunda La Violencia, así como a las dificultades que debe enfrentar el historiador que no quiere hacer historiografía, porque su objeto de estudio no son los acontecimientos y tampoco los eventos, sino el dolor causado y padecido por la gente del común. ¿Por qué apelar a una metáfora como la del ángel de la historia para hablar de La Violencia? Porque tengo la firme convicción de que el silenciamiento de las doscientas mil víctimas que dejó a su paso constituye una catástrofe para la historia. Como antropóloga e historiadora, siempre he estado interesada en lo marginal, en lo indecible de la violencia, y por esto la impotencia del ángel ante la pila de restos y de ruinas que va dejando a su paso llama poderosamente mi atención. Me interesa, ante todo, su mirada hacia atrás, porque a partir de esa mirada retrospectiva puedo

explorar dos nociones que son las de *trauma* y *peligro*, en relación con la vida de algunas mujeres.

El segundo capítulo está dedicado a ilustrar, mas no a explicar —porque ese no es el propósito del libro—, el abismo existente entre las clases sociales en Bogotá, donde tuvo lugar el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, y entre liberales y conservadores en la provincia y durante La Violencia. En esta parte, el análisis se centra en la percepción que tuvieron algunas mujeres bogotanas de clase alta del asesinato pero, sobre todo, en sus modos de vida, valores y preferencias, un panorama que establece un alto contraste con la vida y los padecimientos de dos mujeres campesinas cuyos testimonios aparecen al final del libro. La intención de este capítulo es ubicar la fecha del 9 de abril de 1948 en el centro del relato, por tratarse de un evento emblemático que causó gran conmoción, como si se tratara de un *tsunami* social de grandes proporciones, capaz de generar sucesivas oleadas de destrucción. Esta parte termina con el testimonio revelador de una mujer bogotana acerca de la percepción que tuvieron las clases altas urbanas de La Violencia rural.

El tercer capítulo examina las consecuencias del 9 de abril en provincia, al tomar en consideración dos escenarios privilegiados: el sur y el oriente del Tolima. La intención es describir las condiciones en las que se dio la resistencia campesina armada en ambas regiones y la división que se produjo entre los liberales, o “limpios”, y los comunistas, o “comunes”, en el asentamiento de El Davis. La reconstrucción de ambos contextos le da sentido al relato de las dos mujeres campesinas.

El cuarto está dedicado a las implicaciones teóricas que se derivan del hecho de narrar al otro, recoger testimonios y trazar trayectorias de vida. En el me refiero a la hipérbole y a la metáfora, dos figuras que encontramos con frecuencia en el relato de las mujeres que para hablar de algo, hablan de otra cosa. En esta

parte se describen las condiciones en las que vivieron las niñas campesinas que no fueron propiamente combatientes; pero que vivieron al lado de hombres que sí lo fueron. El objetivo de este capítulo es darle un sustento teórico a los testimonios de las dos mujeres campesinas que narran sus vidas en los capítulos quinto y sexto del libro.

El quinto capítulo está dedicado a Leonor, una niña que vivió entre los “limpios” del sur del Tolima, y cuya vida ejemplifica a la mujer combativa y valiente que no se dejó doblegar por La Violencia que la circundó en todo momento. Su trayectoria vital transcurre entre el sur y el suroriente del Tolima, el Magdalena Medio, el Caquetá, y nuevamente el sur del Tolima, para terminar donde empezó, trazando lo que parece ser una elipse.

Finalmente, en la última parte del libro habla Teresita, una campesina liberal quien, a raíz del asesinato de su hermano y de otros hechos violentos que tuvo que presenciar, se volvió comunista. Teresita narra sus experiencias desde su posición de madre, como líder y como compañera de un connotado dirigente agrario. Su relato es único y personal, y lo que cuenta no deja de tener tintes épicos y trágicos. La azarosa trayectoria de su vida traza un extenso círculo que va desde el oriente del Tolima hasta Caldas, transcurre posteriormente en Meta y retorna nuevamente al oriente del Tolima, donde se originó.

A partir de la lectura de los testimonios, el lector podrá percibir la existencia paralela de tres fenómenos que están interrelacionados. En primer término, aparece ese fenómeno político que denominamos en Colombia con el eufemismo de *La Violencia*, y con el cual nos referimos al periodo sangriento comprendido entre el asesinato de Gaitán, en 1948, y los años que le siguieron. En segundo término, los relatos dejan ver la existencia permanente de una animadversión política que impregna los espacios cotidianos y que nos habla de la violencia como fenómeno con-

sustancial a lo social.³ Finalmente, la lectura de los testimonios también permite constatar la existencia de un fenómeno que ha sido muy poco explorado y que tiene que ver con la acumulación continua de experiencias violentas en la memoria y en la psiquis de la gente, debido a la larga duración de la guerra.

Nací el mismo año en que mataron a Gaitán, hecho que marcó mi vida, como la de tantos colombianos de mi generación. *La Violencia* fue una compañera de infancia y un referente permanente para todos los que nacimos bajo ese signo. Las fotografías de cadáveres desmembrados fueron un lugar común para todos nosotros en periódicos y revistas nacionales y de provincia durante las décadas de los cincuenta y de los sesenta del siglo xx. Crecí con el mal sabor de vivir en un país donde los hechos de sangre se han sucedido uno al otro, donde los muertos de una masacre han quedado opacados por los muertos de la siguiente. En este libro recurro a la imagen del ángel mudo que retrata Benjamin, y cuyo sino es constatar las ruinas que el llamado progreso va dejando a su paso. Se trata de una figura que me es extrañamente familiar, pues me remite a los cientos y miles de muertos sin nombre y sin justicia que quedaron abandonados sin que nadie haya podido contar sus historias o reivindicar sus memorias. Quienes nacimos antes, durante o poco después del asesinato de Gaitán y hemos vivido bajo la sombra de una violencia que no ha cesado, no podemos dejar de escuchar las voces de *La Violencia*. A la manera del ángel de la historia, que mira desolado las ruinas que va dejando a su paso, nuestra tarea ha consistido en recoger los escombros de memoria que quedaron sepultados bajo montañas de olvido. Y para ello qué mejor que oír los relatos de mujeres mayores que durante *La Violencia* fueron niñas. Este libro es solo una contribución a tan ardua labor.

.....
³ Tesis planteada por Daniel Pécaut, en su libro *Orden y violencia*, de 1987.

Papá, que mataron a Gaitán

Un niño campesino llega corriendo y avisa “papá, mataron a Gaitán”. Sin prestar mayor atención el padre trata de enganchar al viejo buey con unas rústicas correas para que jale la yunta. Después de una agitada pausa el niño pregunta ¿Y quién es Gaitán, papá? “Creo que un político, de esos de la ciudad”. Mijo, ayúdeme a enganchar la yunta; la vaca va a parir esta noche, así que avísele a sus hermanos para que estén pendientes. Y luego, mirando a su hijo a los ojos y muy serio le dice: “mijo, seguro va a haber problemas”.